

Estratigrafía cerámica de La Albufereta, de Alicante. Las pinturas ibéricas

por

Francisco Figueras Pacheco

I. IDEA GENERAL DE LA MATERIA



Los vasos descubiertos en La Albufereta y sus inmediaciones constituyen un conjunto variadísimo, tan copioso como útil para el estudio y el progreso de la Arqueología. Desde la Prehistoria hasta los tiempos más avanzados del romanismo, todas las fases de la cerámica están más o menos ricamente representadas en estos yacimientos. Lo están especialmente cuantas culturas se desarrollaron en nuestras costas del Mediterráneo, a partir del siglo IV antes de Cristo. Griegos, cartagineses, iberos y romanos dejaron en el Tosal de Manises y sus cercanías las más expresivas muestras de la producción de sus alfares.

El ciclo helénico figura en la colección con bellísimas cráteras de pinturas policromas, obras de los siglos V y IV, seguidas por las posteriores con decoración roja sobre fondo negro y por los barros campanienses, negros o grises, con estampación de palmetas, estrellas y otros temas y su extensa gama de productos, desde los más perfectos importados hasta los más decadentes de los talleres provinciales. La cerámica púnica está representada por multitud de vasos pequeños y medianos, en general de muy escaso gusto, y por grandes vasijas, entre las cuales se destacan las cilíndricas, por su tamaño realmente extraordinario.

Los vasos ibéricos acusan todas las etapas de la evolución. Los decorados son abundantísimos. Integran la serie de sus motivos todos lo conocidos hasta el día, desde los de meras líneas o fajas circundantes, hasta los desenvueltos en composiciones de figuras humanas y animales. Colmando los grados intermedios de la escala aparecen profusamente variadísimos dibujos geométricos y temas vegetales, tallos, hojas y flores.

La cerámica romana, de que se hallaron restos copiosísimos en nuestro yacimiento, abarca el área entera del imperio y de sus barros. Como es de suponer, destácase por su belleza y colorido la *terra sigillata*. Sus magníficos adornos en relieve culminan en la representación de dioses, ninfas, faunos y demás seres mitológicos. Las marcas de alfarero se recogieron por centenares.

Si los vasos del Tosal y sus inmediaciones hubieran aparecido siempre respondiendo a la estratigrafía que formularon y defendieron arqueólogos insignes, los descubrimientos de Alicante sólo habrían tenido un valor local, grande en verdad, pero al fin y al cabo, de carácter relativo: el que se debiera reconocerles como indicadores de la importancia de una urbe que logró subsistir, bajo culturas distintas, desde los tiempos coloniales hasta los últimos del Imperio. Pero es el caso que todos los barros de la Albufereta no confirman las normas estratigráficas comúnmente aceptadas.

La data de la cerámica romana, de la púnica y de la helenística, a fuerza de estudiada dentro y fuera de España, no había de resentirse con los hallazgos de una ciudad más, del litoral ibérico. Pero no ocurrió lo mismo respecto a los productos típicos de nuestros alfares. Los estratos que dieron cada una de sus especies pintadas (aparte el testimonio, frecuentemente equívoco, del material asociado), probaron plenamente que la cronología de la aparición y desenvolvimiento de nuestros vasos pintados distaba mucho de ser la que se había supuesto. En la Memoria de nuestras excavaciones elevada a la Comisaría general el año 1939 dimos cuenta de esta novedad, observada ya durante los trabajos del señor Lafuente y confirmada hasta la evidencia en las subsiguientes campañas, realizadas bajo la dirección de quien tiene el honor de suscribir estas páginas.

Resumiendo los datos estratigráficos de la Memoria, publicamos poco después en *Atlantis* (1940), un breve artículo sobre el problema en cuestión. Siendo éste aun de interés palpitante, cuando no creciente, insistimos hoy sobre el asunto ante el Congreso de Valencia, con la esperanza de prestar alguna utilidad a los investigadores de nuestras viejas culturas. La limitación del tiempo disponible, impuesta por el gran número de comunicaciones presentadas al Congreso, nos obliga a ser en estas páginas mucho más breves y concisos de lo que requiere el problema planteado. En otro estudio más detenido, copioso en gráficos y pormenores de interés, colmaremos los huecos que forzosamente han de quedar en las notas que siguen.

Los yacimientos principales de La Albufereta son el Tosal de Manises y el Campo de la Necrópolis. De ellos nos ocupamos a continuación, con la separación posible, comenzando por las ruinas del recinto murado.

II. EL TOSAL DE MANISES

Entre las torres y murallas que circunyeran la acrópolis obsérvanse todavía, bien definidas y distintas, las obras de cuatro ciudades superpuestas. Las dos inferiores, esto es, las primeras que aparecieron cronológicamente, obedecen a un plano común a ambas en buena parte. Las superiores siguen las líneas generales de otra parcelación urbana. Sobre los escombros de la primera población se construyó inmediatamente la segunda, y sobre los de la tercera, con escaso tiempo de por medio, se levantó la cuarta. Entre los dos grupos de ciudades hubo una solución de continuidad más o menos considerable, pero, desde luego, lo suficiente para no confundirse las construcciones de los dos pares de urbes.

Veamos ahora la cerámica hallada en cada uno de los niveles indicados.

Primera ciudad.—Entre las ruinas de la población más antigua y en contacto frecuente con la roca del fondo encuéntranse algunos barros de dudosa o difícil clasificación: unos, prehistóricos, y otros, modelados ya a torno. Prescindiendo aquí de estos restos por su carácter de excepción, la cerámica típica del estrato está constituida por tres grupos de vasos: los del ciclo griego, los púnicos y los ibéricos.

Los primeros pertenecen normalmente a la producción campaniense: en general, barros barnizados de color negro brillante (no lo están de igual modo todos los del yacimiento, algunos de ejecución impecable, carecen de barniz), buena factura y buena pasta. Variedad de tipos: vasos abiertos y cerrados; algunos de los últimos con figuras de animales modeladas. En los platos y demás piezas afines, estampación de alos, estrellas y palmetas.

Destácanse en el acervo púnico los vasos de grandes dimensiones, especialmente las llamadas ánforas de obús, formadas en síntesis por un tubo de unos 20 centímetros de diámetro por cerca de metro y medio de longitud, con un orificio circular en el plano que forma uno de sus extremos y una corta serie de anillos escalonados de mayor a menor, constituyendo lo opuesto. Púnicas son también las ánforas de otros tipos que abundan en este estrato, como las fusiformes y las de doble tronco de cono, estas últimas las más pequeñas de todas, 70 u 80 centímetros de altura. Probablemente son también cartaginesas, aunque las tuvimos por ibéricas, las ánforas de forma abellotada y barro claro, carentes de cuello, como casi todas las púnicas del yacimiento. Junto a estas piezas encuéntranse ollas panzudas, urnas y otros vasos, en general de muy lastimoso gusto.

El grupo ibérico es el que más nos interesa. Lo integran casi exclusivamente ejemplares medianos y pequeños de variedad de tipos. Urnas, calatos (sombrosos de copa), balsamarios, jarras, botellas, platos, pebeteros...; unos

están pintados; otros carecen de toda ornamentación. El decorado consiste indefectiblemente ya en simples líneas o fajas paralelas que rodean el vaso dividiéndolo en zonas, ya en estas mismas fajas y en multitud de motivos geométricos, ocupando total o parcialmente los espacios libres. Hecho importantísimo: ni por excepción se dan más especies de dibujos en los barros de este estrato.

Otra observación fundamental: la carencia de material romano es típica del nivel descrito.

Segunda ciudad.—Destruída la primera por los invasores, se levantó inmediatamente la segunda sobre las ruinas de la anterior. En unos sitios se aprovecharon los restos preexistentes, reparándose los edificios menos dañificados. En otros se construyeron de nuevo las casas, bien sobre los mismos, bien sobre otros planos.

La ciudad reconstruída sigue utilizando los grupos y tipos cerámicos que ya conocemos, mas con la adición de dos novedades importantes: Una, la aparición de los vasos romanos; otra, la de los temas vegetales en el decorado ibérico. El primer hecho es de una evidencia abrumadora. Descubrimos en este estrato un almacén de provisiones donde se conservaban reunidas *in situ* las ánforas características del romanismo, con las típicas del período púnico. El segundo hecho se presta a más o menos dudas.

Tercera ciudad.—Algún tiempo después de destruída la segunda, se erige la tercera, edificándose completamente de nuevo. Los planos de las casas, igual que el general de la urbe, son distintos de los que guardaron las poblaciones precedentes. Entre las ruinas de éstas y las obras de la actual quedan en muchos puntos horizontes exentos de construcciones. Todo revela el tiempo transcurrido entre el fin de la segunda población y la erección de la tercera. Ni aun las murallas sirven para dar unidad a la parcelación urbana, pues en esta época no suelen ser ya más que arqueología, construyéndose los edificios donde conviene, pisen o no las antiguas líneas de defensa.

El panorama cerámico se transforma radicalmente en esta etapa. Las aportaciones campanienses, ricas y elegantes en otros tiempos, se agotan en éste o se limitan a vasos decadentes de barniz, pasta y modelos pobres. Los barros cartagineses, con sus grandes vasijas cilíndricas y sus ollas panzudas, desaparecen de escena. La cerámica ibérica, por el contrario, evoluciona y se enriquece. Perduran las formas y el decorado primitivo, pero junto a ellos surgen otros distintos por completo. Sus pinturas ya no se reducen a los motivos geométricos de los períodos iniciales, ni a los de tallos, hojas y flores de los subsiguientes, sino que, descubriendo nuevos horizontes, entran de lleno en el campo superior de la vida, con la representación de figuras humanas y animales, reales unas veces y otras fantásticos. Al lado de estos

vasos se encuentran los romanos, con toda la variedad de tipos y procedencias propios de los mejores tiempos. En un mismo horizonte y en una misma parcela, aparecen a veces mezclados y confundidos los restos de un gran vaso ibérico, con decoración de aves, reptiles y cuadrúpedos, y los de un plato de *terra sigillata*, adornado con las más bellas representaciones de seres mitológicos. El hecho es de importancia capital; acaso el más trascendente de todos los observados bajo el aspecto que estudiamos.

Cuarta ciudad.—Ajústase en buena parte al plano general de la precedente, pero no a las divisorias y distribución interior de sus edificios. Los de la nueva urbe construyéronse en muchos sitios, a expensas de la cantería y demás materiales de la anterior. Desde el punto de vista cerámico, la última población del cerro nos interesa poco. Sus restos, mezclados y confundidos con los de la tercera ciudad, no acusan novedades de monta, como no sean las que el lector puede suponer, respecto a decadencia y extinción de las formas y barros del esplendor. Nos consideramos dispensados, por lo tanto, de consignar pormenores.

III. EL CAMPO DE LA NECRÓPOLIS

Apenas lo consintieron las circunstancias, la población del Tosal se extendió fuera de muros y descendiendo hacia la playa, la sembró luego de construcciones de muy variada índole. Entre la orilla oriental de La Albufereta (puerto interior en aquel tiempo) y las inmediatas raíces de la colina bañadas por el mar, descubriéronse en las campañas del señor Lafuente y en las nuestras, ruinas copiosísimas, y entre ellas, las de un templo, citadas ya por el conde de Lumières en el siglo XVIII, y las de algunos probables establecimientos mercantiles o industriales: obradores, tiendas y depósitos. Bajo los bancos de sus escombros, en los sitios altos y casi a flor de tierra en los restantes, apareció la importantísima necrópolis, de que brevemente vamos a ocuparnos.

Las piras y sus vasos.—Toda la necrópolis es de incineración. Las ciento setenta unióades excavadas bajo nuestra dirección eran hogueras, ya de ustrino, ya rituales. En ambas clases de fosas encontramos cerámica. La de algunos enterramientos fué abundantísima. Descubrimos exactamente los mismos grupos que en la más antigua de las ciudades del Tosal: barros del ciclo helénico, de la cultura púnica y de la industria ibérica.

Constituyen el primer apartado hermosas cráteras decoradas con escenas policromas, killis, balsamarios y otras piezas de figuras rojas sobre fondo negro y multitud de variadísimos ejemplares de óptimo barniz de dicho color, a más de otras de igual perfección, pero carentes de barniz. En ambas especies se dan estampaciones de palmetas, estrellas y otros temas parecidos.

Algunos grandes platos de bellísima traza muestran gran número de estos adornos, formando círculos concéntricos.

La cerámica púnica está integrada por vasos generalmente medianos o pequeños, de escasa o nula elegancia, pasta mala y factura deficiente. Hay vasos con acanalados paralelos. Abundan los lacrimatorios panzudos, de cuello y pie cortos. Suelen estar decorados con líneas circundantes de color siená.

Los ejemplares ibéricos, enteros o rotos y lisos o pintados, que hallamos en las piras, son muy numerosos, y sus formas, variadísimas. Hay sombreros de copa, jarras, urnas y urnitas de tipo bitroncocónico o con tendencia a obtenerlo, platos, pebeteros, kilis, balsamarios, etc. Muchos son copias evidentes, más o menos bien logradas, de los modelos campanienses descubiertos en la propia necrópolis. En cuanto a tamaños, obsérvase también notable variedad, desde el diminuto platito que se utilizó para quemar perfumes, hasta el gran vaso de traza ovoide que desempeñó el oficio de urna cineraria.

Igualmente es variadísima la serie de dibujos con que se decoraron estos barros. Algunos no muestran más que líneas o fajas paralelas marcando zonas. Los restantes de los pintados colman sus espacios con multitud de combinaciones geométricas: círculos concéntricos, sectores, dientes de lobo, eses, cabelleras, haces, cayados y otros temas parecidos. Encontramos platos con dicha decoración, tanto por la cara interior como por la externa. Hecho capital: en ninguna de las piras que nos fué dado explorar con garantía de acierto apareció un solo vaso con decoración que no se limitase estrictamente a lo geométrico. En los barros, pues, de la necrópolis, lo mismo que en los estratos inferiores del Tosal, faltan por completo las pinturas de figuras humanas y animales.

Fundamental es también la observación relativa al romanismo, indicada ya al hablar de la más antigua población del cerro. Tampoco en ninguna de las hogueras que nos ofrecieron las garantías necesarias se halló en las excavaciones que dirigimos nosotros un solo vaso romano. Restos de objetos de esta cultura pudieron deslizarse de sus horizontes propios hasta el de las fosas que le están inmediatamente infrapuestas. Pero aparte la posibilidad de que algunos enterramientos sirviesen a la efímera población que sucedió a la destruída por los invasores, la filiación indudable de los ajuares, que suministró la necrópolis, anula todo peligro de error de monta sobre este punto.

Ruinas.—En todas las inmediaciones del Tosal aparecen restos de obras antiguas. El señor Lafuente exploró las de una factoría mercantil, situada en la playa al pie del cerro. En lo relativo a sus cercanías, nosotros nos limitamos a practicar calcatas para el estudio de cuestiones determinadas, y a desmontar los bancos de tierra, a veces bastante gruesos, que cubrían las inmediaciones de la necrópolis.

Distínguense bien en este campo, por lo menos, dos horizontes de ruinas, correspondientes a otras tantas etapas de población. Tal dualidad es indudable. La confirman, de una parte, las construcciones superpuestas, ajustándose a planos diferentes, y de otra, los materiales utilizados en las obras altas, procedentes de edificios monumentales del estrato inferior.

Vasos.—La cerámica de ambos horizontes es romana e ibérica. La primera, de muchas clases y tipos, pero en cantidad mucho menor que en la acrópolis, por ser naturalmente en el recinto de la urbe donde había de tener lugar lo principal de la vida doméstica. La cerámica ibérica, también con la misma restricción en cuanto al número de sus restos, muestra la decoración geométrica de los períodos anteriores, y junto a ella, las pinturas de temas vegetales y zoomorfos de los estratos romanos del Tosal. A las mismas especies pertenecen muchos de los tiestos hallados fuera del recinto, junto a sus torres y murallas.

IV. TIEMPOS Y CULTURAS

El material encontrado en cada estrato y la sucesión de los horizontes descubiertos nos permiten fijar bastante bien dos series de datos fundamentales: la cronología de los distintos ocupantes de La Albufereta y sus culturas respectivas. Las observaciones del Tosal y las del campo vecino se complementan mutuamente. Los extremos que pudieran prestarse a dudas, nunca graves, en una de las áreas aludidas, se aclaran y definen perfectamente en la otra.

Prescindimos aquí tanto de las huellas de Prehistoria como las de un probable establecimiento colonial griego, halladas en la colina y sus inmediaciones. No influyen nada sobre la cuestión que nos importa.

La ausencia de restos romanos en el nivel de las construcciones inferiores del Tosal, indica claramente la antigüedad mínima que ha de asignarse a la primera ciudad. Esta no apareció después de invadir nuestro suelo los Escipiones. La cerámica púnica del estrato, asociada a la campaniense, acaba de encuadrar la época por el límite opuesto. En correspondencia y sincronismo perfectos con este horizonte de la colina, la necrópolis de la playa no sólo carece de vasos romanos, sino que contiene copiosamente los de las mismas culturas que la más vieja ciudad del cerro: cerámica cartaginesa y campaniense. Con una y otra encuéntrase en las piras vídrios policromos, ídolos orientales y bustos de Tanit. Por si todo esto no fuese bastante, la numismática de la necrópolis viene a rubricar de modo inequívoco la étnica y la cronología del yacimiento. Sus monedas son cartaginesas de la época de los barcidas. La primera ciudad del Tosal, esto es, la que llenó las fosas de la playa, floreció, pues, bajo la cultura púnica en el último tercio del siglo III precristiano.

La coexistencia de vasos romanos y púnicos, en los edificios indudables de la segunda urbe, revela bien el carácter y cronología del estrato. La población formóse sobre las ruinas de la anterior, a raíz de invadirnos las legiones de Roma, que habían batido y destruído la primera ciudad de la colina. Apareció, por lo tanto, bastante antes de romanizarse el territorio. Así conviven en ella la cultura que se inicia y la que se va, esto es, la latina y la cartaginesa. Pertenecce a lo que llamamos período hispánico. Su duración fué breve. No pudo surgir hasta después del 218. Terminó probablemente en los primeros lustros del siglo II (a. de C.). Siendo necesarias todavía las murallas para la seguridad de los vecinos, la ciudad hispánica no tuvo más que duplicar extramuros que la factoría fortificada al pie del cerro y el posible aprovechamiento de la necrópolis cartaginesa, para practicar las incineraciones realizadas en épocas más recientes.

La tercera ciudad ya no necesitó vivir entre murallas. Edificóse bastante después de destruída la segunda, esto es, cuando la soberanía de Roma estaba asegurada en nuestra costa. Así, la población prescindió de sus fortificaciones, bajó al campo y se extendió por la playa. Tanto en ésta como en el cerro, son evidentes la cultura y el período de la ciudad de que hablamos. Monumentos, estatuas, ajuares, barros, monedas e inscripciones revelan claramente que la urbe floreció en el brillante siglo de Augusto, comenzando quizá décadas antes para llegar a su término, probablemente en tiempos de Marco Aurelio, siglo II de J.

La cuarta y última ciudad, edificada sobre la de Augusto con buena parte de sus materiales, tanto en la acrópolis como en la playa, llegó con más o menos pobladores y mayor o menor ritmo de decadencia hasta las postreras etapas de nuestra sujeción a Roma. Dase por supuesto que lo mismo en ésta que en las urbes anteriores, el factor ibérico, llámese como se quiera a los naturales del país en cada momento histórico, presta unidad y carácter a todas las fases y culturas de la población del cerro.

V. CONCLUSIONES

Las pinturas ibéricas.—En los párrafos que preceden hemos resumido las características cerámicas de los estratos descubiertos en La Albufereta. Igualmente hemos fijado la cultura y época a que cada uno pertenece. A la vista de estos datos básicos concretemos ahora las consecuencias que se infieren con relación a los vasos ibéricos. De todo lo observado se deducen austeramente las conclusiones que siguen:

1.^a El decorado geométrico se da en todas las etapas subsiguientes a la invasión de los barcidas.

2.^a En el período púnico la decoración no pasa nunca de lo geométrico, bien sólo con líneas circundantes, bien con variedad de temas.

3.^a Probablemente en el período hispánico se inicia la decoración viviente, pero sin pasar en ningún caso de los motivos vegetales.

4.^a En los tiempos de Augusto la decoración vegetal aparece enriquecida, dándose a la vez las pinturas de hombres y animales.

5.^a En la época subsiguiente a Marco Aurelio se agota la decoración del iberismo. Los hechos observados no son bastantes para precisar el momento exacto de su término.

Conviene hacer constar que hemos procurado medir bien el alcance de las palabras empleadas, a fin de no dejar margen libre a ningún equívoco, ni decir más ni menos de lo que acusan los hechos. Tales son en síntesis los resultados de nuestras excavaciones en el Tosal y La Albufereta. Los obtenidos en otros yacimientos pueden o no guardar paralelismo con los del nuestro, porque en todas partes no se sucedieron las cosas de igual modo, ni coincidieron cronológicamente los límites de todas las etapas culturales. Así, por ejemplo, el gran paréntesis que parece mediar entre el fin de la ciudad hispánica y los comienzos de la que floreció en el siglo de Augusto puede traducirse en la aparición tardía de las pinturas de hombres y animales en La Albufereta de Alicante, sin que ocurriera lo propio donde no se abrió dicho paréntesis.

En estas páginas, como ve el lector, nos abstenemos de inferir consecuencias generales. Los datos aducidos distan mucho de ser suficientes para intentarlas. En el Tosal de Manises y en el campo de la necrópolis los hechos sucedieron como queda dicho. Si ocurrió lo mismo en el resto de nuestro litoral, cosa es que veremos en otro estudio.

(Comunicación leída en el I Congreso Arqueológico de Levante.)

